Dr. Jorge L. Rodríguez Juanolena

VANGUARDIA
SOCIALISTA

Centro Socialista de Paysandú

PERIODICO MENSUAL

Precio $ 1.00

I. VANGUARDIA (LA PAZ)

ALEJANDRO CHELEN ROJAS

Dr. Jorge L. Rodríguez Juanolena

Flujo y Reflujo del Socialismo Chileno

EDICIONES
VANGUARDIA SOCIALISTA

INTRODUCCION

El compañero Alejandro Chelen Rojas es un destacado dirigente de la izquierda socialista chilena. Ocupa actualmente un cargo de Senador, al que fué llevado como candidato del FRAP.

VANGUARDIA SOCIALISTA publica el presente trabajo suyo, que, tanto por el contenido como por sus conclusiones, es un aporte desde el punto de vista de clase y se inscribe dentro de una línea de acción de verdadero socialismo revolucionario. Algunas diferencias que podamos anotar en el mismo, tales como la justificación que el compañero hace del apoyo a Ibañez, de ninguna manera retraen nuestra gran satisfacción por el encuentro de nuestra lucha y de los principios que venimos defendiendo con posiciones que representan parte de lo más avanzado del socialismo chileno.

La profundización de la experiencia de Frente Unico Proletario llevada adelante por los socialistas chilenos a través del Frente de Trabajadores, así como el carácter de las luchas de este período, y las salidas políticas y organizativas para el avance del socialismo, ligadas al proceso más profundo de la Revolución Latinoamericana, encuentran en el artículo del compañero Chelen una ubicación coincidente con la que hemos venido defendiendo desde VANGUARDIA SOCIALISTA.

Con la presente publicación, que trasmite aspectos esenciales de la experiencia chilena, creemos contribuir a armar más sólidamente, no solo a los compañeros del Partido Socialista Uruguayo, sino a todos los obreros, estudiantes y todos aquellos que en todos los frentes de combate, están empeñados junto a nosotros en hacer avanzar las luchas por el Socialismo.

MONTEVIDEO, enero de 1961.

FLUJO Y REFLUJO DEL SOCIALISMO CHILENO

Se me ha solicitado por un grupo de jóvenes socialistas de izquierda, un trabajo sobre el desarrollo del movimiento popular, el papel jugado por el Partido Socialista y las proyecciones de éste en base a la tesis del «Frente de los Trabajadores».

Antes de ir a la médula del problema tal como yo lo entiendo, pido excusas por el estilo, pues, no siendo un profesional de la pluma escribo con dificultad para coordinar mis ideas. Es lo que nos ocurre a los que hemos aprendido en la madurez lo que didacticamente se adquiere en la juventud. Esa suerte no la tuve y valgan pues estas excusas.

Los mineros decimos, cuando la veta se pulveriza, que la mina se ha «broceado». Son tropiezos encontrados cuando con más decisión perforamos el vientre del metal. Si no nos atenemos a la técnica y cambiamos caprichosamente de posición sin respetar los rumbos de la veta, el fracaso es total. Pero si perseveramos, es posible cruzar el «manto descompuesto», aunque haya que sacrificar tiempo y esfuerzo. El mineral vuelve a reaparecer y casi siempre más promisor. Gracias a la perseverancia en el sistema se logra un «alcance» que compensa con creces meses de lucha y paciencia.

En la historia del socialismo chileno existe cierta similitud con el «broceo» de la veta. Nos iniciamos

bien. Tropezamos, a los pocos años, con el primer escol'o: El colaboracionismo en el período del Frente Popular. Hubo cambios de rumbos sin sujetarnos a lo que la doctrina señalaba. La descomposición del «manto» socialista fué de tal magnitud que muchos iniciaron «labores» por su cuenta, cavando en superficies agotadas políticamente. Grupos que sobrevivieron agonizando, semejaban hitos de referencia rubricando los errores de la dirección. Los más jóvenes que conservaron la tónica revolucionaria sin transgredir los principios, retomaron el rumbo que el grosero oportunismo de los más habían abandonado. En una etapa brillante y heroica por la ejecutoria realizada reencontraron la veta del «broceado» sendero socialista. Fué el ciclo del socialismo Popular que vitalizó cualitativamente los cuadros de una pléyade dinámica, agresiva, y profundamente leal al marxismo. Nuevamente se dió contenido revolucionario a la lucha de clases se enarboló con decisión un programa auténticamente socialista, interpretando dialecticamente la insurgencia popular qué brotaba avasalladora sobre la traición radical, triunfamos por Ibañez. Si erramos posteriormente colaborando desde el gobierno, demostramos, en cambio, solidez y disciplina al retirarnos de labores administrativas al no cumplirse el programa que se nos prometió. Impusimos más tarde, la unidad popular a través de la línea de «Frente de Trabajadores» consolidando a la vez, la unificación del socialismo. Con Salvador Allende estuvimos a las puertas de la victoria acaudillando el Frente de Acción Popular. Sin embargo, ¿qué nos ocurre en la ac-

tualidad, que lejos de avanzar, retrocedemos peligrosamente?

Es menester volver la vista sobre lo andado para una clara comprensión sobre este reflujo. Sólo así encontraremos las causas y la manera de remediar en el futuro el estancamiento que vive el movimiento popular.

DE 1933 A 1947

El peor defecto de una organización que se dice revolucionaria, es su falta de virilidad para afrontar los hechos, su incapacidad dialéctica para valorar las causas que detienen su marcha y carencia de perseverancia en la prosecusión de sus objetivos. El socialismo —debemos confesarlo— ha perdido en reciedumbre combativa, en acción revolucionaria, en crecimiento pujante desde 1940 hasta hoy. Pudo haber sido el partido más poderoso y aglutinador de las inquietudes populares. El movimiento que acaudilló desde 1933 condensaba las aspiraciones del proletariado en relación a las necesidades de la época. Más, el interés que despertó en la dormida conciencia de nuestro pueblo, señalando con agresivo lenguaje objetivos verdaderamente transformadores, fueron superiores a las capacidades de los dirigentes de entonces. La falta de fé, el oportunismo y la impaciencia en compartir el poder quebrantando la línea que fluye de sus doctrinas, lo encharcaron en la ciénaga de la colaboración de clases, frenando, por consiguiente, la insurgencia popular que anhelaba una salida revolucionaria..

El socialismo chileno con aristas distintas a los demás partidos socialistas de América y de Europa, no obstante sus claras concepciones marxistas cayó también al influjo de los gobiernos de coalición hipotecando por años su gran destino histórico. Retrogradábamos a los cauces del revisionismo de la 2ª Internacional que fustigáramos con acritud en nuestras campañas de adoctrinamiento. Habíamos acentuado tanto nuestros métodos revolucionarios, que se hizo inevitable —andando el tiempo— las esciciones, haciéndonos perder el papel de vanguardia de los trabajadores.

El «Frente Popular», si bien se debía a la izquierda, representaba a poderosos sectores de la burguesía y tenía como caudillo al Partido Radical integrado por clase media y grupos terratenientes. Nuestra colaboración directa sin que nada lo aconsejara fué una traición al socialismo. La tesis de «proabstención» que presentáramos los delegados de Atacama y Coquimbo y que apoyaron los de Concepción y la Juventud Socialista, fue derrotada ampliamente por los «colaboracionistas» respaldados por la directiva nacional. Estos oportunistas e irresponsables, labraron entonces el drama que posteriormente afrontaría el socialismo.

Quienes habían fundado el partido venían de campos diversos del pensamiento revolucionario y reformista, sin un nexo sólido que los aglutinara doctrinariamente. Por otra parte, la preeminencia de los caudillos— Grove, Schnake, Godoy Urrutia— que subestiman la voluntad de las bases presta a la acción

revolucionaria antes que al acomodo fácil y holgado en las sinecuras ofrecidas por el gobierno, contribuyeron a deformar y paliar las inquietudes que ardían con temperatura volcánica en el corazón de cada militante obrero. Perdimos, pues, la oportunidad de acentuar las dilatadas perspectivas de la revolución socialista.

Hasta 1947 el movimiento popular estuvo bajo el liderato de la burguesía, es decir, del Partido Radical. Es el ciclo de los Gobiernos de coalición, en que Socialistas y Comunistas, con alternativas diversas comparten el poder con la burguesía radical, culminando este proceso con la traición de González Videla, cuya administración fue parcelada por liberales y radicales. Y en su primera etapa, por comunistas.

Este período refleja la imposición de las tesis stalinistas en el desenvolvimiento de las luchas populares. Es el "gran viraje"; abandonan la lucha de clases para justificar su entendimiento con los enemigos a través de los Frentes Populares. Francia, España, Chile, consolidan por algún tiempo estos movimientos tras un proceso dramático, cuyas consecuencias fueron funestas al espíritu revolucionario de las masas.

Pese al antagonismo entre nosotros y los stalinistas por diferencias de tácticas en la conducción del proletariado y que los enrielaba a una estrategia tambien opuesta, fuimos débiles —1936 a 1939— para oponernos a la acción envolvente de ellos. Nosotros pretendíamos el fortalecimiento revolucionario de las masas; ellos buscaban alianza con la burguesía, frenando el impulso arrollador de los trabajadores. Les

interesaba más el mantenimiento de la sociedad burguesa que laborar por su aniquilamiento. Las bases socialistas anhelábamos su derrumbe; pero las directivas transitaban ya en la capitulación. Combatiéndose sin reservas aceptaban por otro lado la mantención del orden burgués. Ambos partidos sirvieron de vulgares sirvientes de la burguesía, afianzando su desarrollo y fortalecimiento. Se dejaron de lado los problemas vitales del proletariado; se paralizó la combatividad, desviándola a realizaciones intrascendentes y sin que en nada se hiriese la estructura básica de la sociedad capitalista.

La desvergüenza llegó a tales extremos que se aceptó una tregua en los sectores campesinos, comprometiéndose a no organizar sindicatos de obreros agrícolas a fin de "no crearle dificultades al Gobierno", es decir a la burguesía. Prefirieron el camino de la conciliación de clase para mantenerse enquistados en el aparato burocrático burgues, a cambio de frenar la incorporación del campesinado a las luchas revolucionarias. Indigna recordar estas traiciones.

ESCISIONES DEL SOCIALISMO

Todo lo ya expresado condujo, naturalmente, a las divisiones del Socialismo. Hasta 1940 habíamos conjugado un lenguaje revolucionario con todo el arsenal que nos entrega el marxismo. Pretendíamos, nada menos que la liquidación del sistema capitalista mediante la acción que emana de la lucha de clases. Este profundo sentimiento, acentuado por las bases proletarias, hipócritamente era aceptado por la dirección, desvirtuándolo posteriormente al igual que el stalinismo, en forma total. Sin embargo, aquel período se caracterizó como la preparación principista, la comprensión de la doctrina y su manera de aplicarla; a la vez, sirvió para la organización nuclear en todos los sectores del trabajo. Gran tarea en ese duro y abnegado aprendizaje.

Desgraciadamente, lo que ganáramos internamente en ese corto lapso se desmoronó a pedazos en el período colaboracionista. Eramos atacados por la burguesía liberal y por el stalinismo en el campo obrero. Nos hacían aparecer como entregados a la reacción y preocupados únicamente de salvar los "cargos estratégicos" en poder de las capas superiores del partido.

Un problema circunstancial —el ingreso al gobierno— que debió ser rechazado de plano en resguardo de nuestra línea a largo plazo, desbarató hasta hoy los vehementes deseos de liberación de las masas. Al claudicar de cuánto habíamos aprendido y predicado, sucumbimos arrollados por el desenfreno burocrático y abrimos camino a las escisiones que brotaron odiosamente. Para no "crearle dificultades al gobierno", dejamos a un lado nuestra misión revolucionaria, la razón de existir del socialismo. Cambiamos hasta el lenguaje, lo que daba contenido a la lucha de clases, adhiriéndonos a simples reformas que dejaban intacto el sistema que habíamos combatido. Fuimos —resulta cruel confesarlo— simples ganchos de la burguesía que, a rabiosas dentelladas disputaban los cargos públicos. Para acallar voces de protesta de quienes no aceptábamos

la nueva línea y nos manteniamos fieles al marxismo, se nos quiso convencer que los "cargos estratégicos" servirían de base para la "toma total del poder", favoreciendo desde arriba a las masas en sus anhelos revolucionarios. Tamaña burla era más que una traición: era un crimen! Al igual que esos seres corroídos por el cáncer que para calmar sus dolencias se insensibilizan inyectándose drogas, la morfina de los "cargos estratégicos" sólo anestesió por poco tiempo a algunos incautos. Dichos cargos sólo constituyeron prebendas generosas para quienes los alcanzaron. El despertar fue horroroso. Dos años después afrontábamos divisiones que debilitaron al partido y sembraron de dudas el camino del socialismo. Etapas posteriores llevan el sello de estas mismas desviaciones, que paso a paso, acabaron por reducirnos a verdaderas montoneras sin un solo atisbo constructivo de reaccionar frente al descalabro.

Mas, justo es reconocer, que grupos aislados — después de la división "inconformista"— trataron de superar el oportunismo buscando un camino de rectificaciones. Fueron la Juventud Socialista de entonces y el Comité Regional de Santiago que dirigía Raúl Ampuero quienes dirigieron esta lucha, hasta culminar en el Congreso de Concepción de 1946.

Estos grupos y otros de provincias tomaron la dirección del socialismo. El descalabro hasta entonces era de tal magnitud que apenas contabilizamos doce mil sufragios en la elección presidencial de 1946. Respuesta categórica a las perniciosas influencias caudillescas que experimentáramos desde un comienzo y a

los tortuosos senderos por los que el socialismo había transitado.

Un fenómeno parecido le ocurría al stalinismo en el gobierno de "concentración nacional". La traición de González Videla, les abría los campos de concentración de Pisagua, después del fervoroso apoyo prestado a su administración en contubernio con liberales.

RECTIFICANDO RUMBOS

Es preciso repasar estos hechos para apreciar el mal ocasionado por las deformaciones ideológicas a fin de que no vuelvan a repetirse. Las etapas colaboracionistas que amortiguan la lucha de clases, pervierten a dirigentes y desmoralizan a las masas y sólo sirven para afianzar el desarrollo económico de la burguesía y hacer más inmisericorde la explotación de los trabajadores.

Depurado el socialismo —a contar del Congreso de Concepción— de quienes pretendían administrarlo como una mercancía o empresa comercial, pudo reorganizarse, teniendo como norte el cumplimiento de la línea política acordada que sepultaba para siempre el «practicismo» oportunista que tanto daño causara. Renació la fe en las bases, volvimos a la lucha de clases, al combate sin tregua contra la oligarquía y el imperialismo, a una pelea frontal con la burguesía afianzada económica y socialmente por el regimen de Frente Popular. Buscamos una interpretación dialéctica al fenómeno social agudizado con aristas más profundas por la administración González Videla. Se redactó el pro-

grama del P. Socialista, obra fundamental en ese entonces, que se debe al ex Secretario Gral. cda. Eugenio González Rojas.

Titánica fué la tarea. Se vitalizó con sangre joven la organización llamada a un mejor destino, pasando a denominarse P. Socialista Popular, porque hasta el nombre se había perdido durante los descalabros. La independencia política que conducía a clarificar propósitos y métodos para la acción, la implantación de la democracia y autonomía en el movimiento sindical, el tesonero trabajo por unificar grupos socialistas dispersos y el programa del Partido con su fundamentación teórica, constituyeron los comienzos básicos en la rectificación de rumbos trazados en Concepción.

NUEVA ETAPA, EL IBAÑISMO

El apoyo a Ibañez obedeció al hecho indiscutible protagonizado por la insurgencia popular, desbordando todo límite partidista. Fuimos impotentes para detener la avalancha multitudinaria volcada hacia aquella candidatura. Las condiciones de miseria que vivía el pueblo, los peculados del régimen radical, el carácter reaccionario del gobierno y las medidas represivas, fueron factores determinantes que impulsaron al pueblo a buscar en el "ibañismo" una salida a sus inquietudes. Fué un movimiento emocional más que el desarrollo lógico y reflexivo de ideas que dialécticamente se expresaran mediante los partidos que por sus principios significaran una transformación profunda del orden existente. Pero,

junto al pueblo que clamaba por un cambio de ruta y modificaciones a la estructura orgánica del país, se habían sumado sectores poderosos de la burguesía en el carácter de independientes, además del único partido político, el Agrario Laborista, cuyas definiciones distaban mucho de los que las masas anhelaban. La avalancha ibañista carecía de programa, de ideas claras frente a los complejos problemas que sacudían a Chile. No existía un núcleo organizado que diera consistencia e interpretara el deseo de los trabajadores. En suma, ese movimiento poderoso por el número, estaba desprovisto hasta de las normas más elementales para dar fisonomía y planificar democráticamente, o en forma revolucionaria como lo queríamos nosotros, a la avasalladora inquietud popular.

Al definirnos en su favor contribuyó el espíritu anarquico que dominaba a esas fuerzas. Creíamos poder disciplinarlas, orientándolas hacia un programa práctico y realizable, quitarles la factura dictatorial de que estaban imbuídos sus impovisados dirigentes estimábamos poder sacar partido del estado emocional de las multitudes en favor de un positivo gobierno de izquierda.

Es evidente que a la acción nuestra se debió el cambio de trayectoria y sus proyecciones con finalidades constructivas, en base al programa que se nos aceptó para su realización. Sin embargo, debemos reconocer'o; no por esto dejó de ser un error, un acto aventurado y una falta de consecuencia con una línea de clase, el haber formado posteriormente parte del gobierno. Debiéramos haber actuado junto al movimien-

to ibañista, impulsándo'o en lo que tenía de contenido anticapitalista y antioligárquico, pero a distancia de la dirección burguesa que se dió el gobierno.

No ha tenido, pues, perspectivas señeras las combinaciones híbridas que ya conocemos. No puede existir entendimiento entre fuerzas ideológicamente opositoras. Mucho menos, entre los que profesamos el marxismo revolucionario y los que sustentan la democracia burguesa, cada día más agrietada por las hondas contradicciones del régimen capitalista.

UNIDAD SOCIALISTA.

FRENTE DE ACCION POPULAR

Agotada las experiencias colaboracionistas y descartada toda posibilidad futura aunque se presentaran coyunturas favorables, logramos abrir camino a la unificación de las fuerzas Populares.

El Socialismo Popu'ar inició la tarea de agrupar en una sola herramienta a todos los partidos de izquierda, excluyendo a los Radicales. Así nació el FRAP en base a la línea de "Frente de Trabajadores", que acordáramos en nuestro Congreso. Paralelamente obtuvimos la unificación del Socialismo teniendo como cimiento las proposiciones del Socialismo Popular, sin retroceder un ápice a las viejas formulaciones del reformismo, sino que condicionando la acción al fortalecimiento de un auténtico partido marxista.

Por primera vez fué posible la odopción de una línea consecuente con los principios revolucionarios. El FRAP adoptó como táctica la posición clasista que

condujera a una estrategia que posibilitara la formación de un gobierno genuinamente del pueblo. Posición correcta que dió vigoroso impulso a la dinámica campaña presidencial de Salvador Allende. En un plazo relativamente corto estructuramos nacionalmente una organización poderosa, vehemente y de una vitalidad que paralizó a la reacción. Socialistas y comunistas fueron nervio y motor que dinamizaron con su trabajo el fervor solidario de las multitudes.

Al rectificar rumbos, ambos partidos tras un denominador común —borrando todo un pasado— para afrontar como un solo cuerpo la batalla por el socialismo, se entregaba al pueblo, firme, acerado, pujante el único instrumento capaz de demoler la vieja bastilla de los intereses creados por el camino de la revoda impulso a la lucha revolucionaria, sentido de clase lución: La unidad de clase a traves del FRAP. Esto a la acción de las masas y, derrumba, también, las ilusiones colaboracionistas que, por desgracia, siguen aún manteniendo algunos sectores. Dialécticamente la táctica impuesta responde a una necesidad lógica en la mecánica de la insurgencia popular.

Sin embargo estas orientaciones que fluyen de un proceso en desarrollo, carecen de continuidad y de una dinámica a continuación en el natural desenvolvimiento del avance revolucionario.

Hasta la elección presidencial, el socialismo reapareció fortalecido y dió contenido insurreccional a la campaña, obligando a los comunistas a solidarizarse con nuestra línea política. Aunque derrotados electoralmente, dejamos tras nosotros una mística y un pode-

roso movimiento en marcha. ¿Qué ha ocurrido desde aquella faena memorable hasta hoy? Analicemos este nuevo fenómeno que, a juzgar por los hechos, revelan un nuevo estancamiento.

CAUSAS Y EFECTOS

Cada etapa vivida por el socialismo ha tenido momentos culminantes y fatalmente, caídas violentas. Ha sido como el "broceo" de la mina que mencionara al comienzo de este artículo. No bien topamos con una roca dura —"ala de mosca" diría yo— nos detenemos bruscamente eludiendo el obstáculo en lugar de pulverizarlo, Sin darnos cuenta, la directiva nacional marca el paso sin esforzarse en avanzar. Y a manera de justificación, declaraciones altisonantes revestidas de una demagogia que es como cortina de humo para desfigurar los hechos, aparentando un revolucionarismo exagerado. Discursos parlamentarios de clásico corte burgués, cuajados de cifras estadísticas que la masa no digiere —aplaudidos por amigos y adversarios— y que en el fondo son pura literatura, confirmando así esta democracia podrida en el terreno que a ella le place actuar para conservar sus privilegios. Mientras esto ocurre en las capas directivas, se produce en las bases un distendimiento, un cansancio, un retroceso en el fervor revolucionario. Es algo así como la veta diluída en piedras mineralizadas por encima sin contenido de ley. Y es tan notorio este fenómeno que su contagio llega a todas partes, y lo que es más perjudicial, invade los sectores proletarios, donde dirigentes sindicales se prestan para toda clase de componendas. Los que seguimos esperanzados en la labor dinámica, actuante, que oriente la lucha sin postergaciones, experimentamos, por cierto la más profunda decepción.

Interesa recordar, como ejemplo, lo realizado entre 1946 y 1952. Estructuramos nacionalmente los desechos cuadros partidarios, con un pequeño equipo parlamentario —no mas de cinco— la directiva nacional de entonces, se realizó una tarea extraordinaria que muy pocos hoy recuerdan. En el Congreso, en el campo, en las minas, en las ciudades, donde quiera que existieran conglomerados humanos, la voz del PSP, se hacía escuchar. La disciplina, el fervor, la abnegación y el coraje; la solidaridad fraterna entre dirigentes, mandatarios y militantes, hizo que se quintuplicaran los resultados del pequeño, pero dinámico equipo de dirigentes. Teníamos, entonces un C.C.E. que era obedecido por su capacidad y abnegación. El Secretario Gral. cda. Ampuero, estaba ajeno a tareas parlamentarias, lo que le permitía precisar con claridad meridiana el fenómeno social y el clima sicológico de las multitudes. Le daba, también, una mayor autoridad para imponer la disciplina y exigir el cumplimiento de las tareas encomendadas. Los dirigentes no habían caído —como ha ocurrido después— bajo las ilusorias perspectivas del parlamentarismo que, en vez de vigorizar el temple combativo lo debilita, substrayéndolo de sus deberes revolucionarios para encajarlo a subalternas tareas legislativas.

Del ejemplo señalado, ¿que directiva lo ha imita-

do, especialmente en los últimos dos años? Pasada la elección presidencial, tiraron por la borda el fervor de las masas, descuidando torpemente el rico contenido de lucha y esperanza que pusieron en sus líderes. No haber sabido valorar la significación que la candidatura Allende dejó como herencia para la revolución, es el peor error que se ha cometido. Si durante los seis meses posteriores se hubiese exigido a los dirigentes máximos, con Allende a la cabeza y todo el equipo de mandatarios, a recorrer el país, dándole sólida organización al socialismo; atrayendo a nuestras filas a nuevos militantes y acentuando el carácter revolucionario del Partido, contaríamos hoy con una militancia triplicada y las elecciones municipales habrían duplicado nuestros sufragios. Esta tarea que era obligatoria para una directiva responsable y con una autoridad de mando, no se hizo. Difícil que acontecimientos similares ofrezcan otra oportunidad semejante. Perdimos la ocasión de convertirnos en el más poderoso partido de vanguardia de masas.

LO QUE DEBE HACERSE

La juventud que debe mirar el futuro y ser leal a la doctrina que orienta sus acciones políticas revolucionarias, debe extraer de estos hechos las consecuencias, midiendo sus alcances y superando los errores que siguen pesando sobre el partido. Sólo así podrá ser valedera su tarea, contribuyendo con su decisión y honestidad a hacer posible la revolución, único camino para imponer el socialismo. Deberá prepararse,

en un plazo urgente, para comandar los destinos del pueblo hacia un porvenir más luminoso, liberándolo de jefaturas que detienen mañosamente su avance. La formación de cuadros leales a la causa socialista y de dirigentes capaces y consecuentes con el marxismo, es tarea primordial en esta etapa dramática pero promisora de acontecimientos que adelantaran la marcha de la historia.

Para una labor así, no debe caerse en la venenosa carrera parlamentarista. Los que al Congreso llegan —si carecen de dureza revolucionaria— se profesionalizan, mecanizando su conducta a los engranajes de esta democracia podrida. Pocos escapan a las vinculaciones que ese ambiente les va creando. Una frase amable, un palmoteo de hombros, un ditirambo cariñoso que la reacción sabe manejar a maravillas, termina casi siempre con el vigor combativo de los más intransigentes. Y ni que decir de los "favores" que fluyen a cada instante, de las combinaciones que se fraguan, de las consejerías que se distribuyen. Veneno puro que cancela muchas personalidades iniciadas como irreductibles revolucionarios.

Cierto que el Parlamento es útil como tribuna de agitación y propaganda. Pero, ¿cuántos cumplen este cometido? Esos cargos debieron ser ocupados por mandatarios de las bases, por dirigentes que estén bajo el mando de un Secret. Gral. ajeno al Congreso de indiscutible autoridad sobre ellos, por verdaderos agitadores cuyo sentido de responsabilidad asegure un eficiente y agresivo desempeño.

Las mejores actuaciones del socialismo se realiza-

ron cuando Ampuero fue Secretario Gral. mientras permaneció fuera del Congreso. No fué igual, en el caso de muchos dirigentes al asumir tareas parlamentarias. Mucho podríamos decir sobre este fenómeno sicológico, demasiado notorio para no mencionarlo.

Si miramos a la historia observamos que los que han comandado movimientos revolucionarios ninguno hizo sus comienzos en el Parlamento. Lenín, Trotsky, Stalin; los conductores de la Revolución china y el jefe del gobierno yugoeslavo; Fidel Castro, protagonista de la gesta más grandiosa de la nación cubana y cuyo ejemplo se proyecta con fuerza irresistible hacia todo el continente. Más que ambicionar un sitial en los Parlamentos —justificable para los defensores del sistema burgués— el objetivo básico para un auténtico revolucionario, debe ser el poder. En ello estriba, en gran parte, la autoridad que se ejerce sobre los mandatarios y militantes. Una vez en el gobierno, conquistado mediante la acción insurreccional del pueblo, nada puede inhibirlos para la rápida ejecución de programas y doctrinas. Los conceptos jurídicos o reglamentarios tan comunes en la sociedad democrático - burguesa, de nada sirven para doblegar su voluntad, si saltaron la etapa parlamentaria, domesticadora de voluntades y reacia a toda innovación social.

Paliar los efectos de la lucha de clase mediante el parlamentarismo es tarea esencial de la burguesía. Esta treta, que algunos camaradas aceptan, los convierte —consciente o inconscientemente— en instrumento del orden que pretenden destruir. Ninguno de ellos si llega al poder será capaz de imponer con rapidez los postu-

lados de la doctrina. Las vinculaciones y compromisos contraídos en la convivencia diaria durante períodos completos, enturbian la visión realizadora y mellan su voluntad. Distinto es el caso de los que, comandando la revolución a lo Fidel Castro, aumentan el poder con todo el vigor que engendra la abnegación y la lucha junto al pueblo. No necesitan mirar a sus espaldas y cancelar favores. Sus únicos compromisos son con los trabajadores.

Hay que trabajar para la revolución y no vivir a sus expensas. Los que no tengan valor deben dar paso a la juventud ajena a los errores de sus mayores. Sangre moza, espíritu beligerante, audacia y lealtad, asegurarán el triunfo del socialismo y devolverán la fe a los mejores militantes de la vieja generación.

TAREAS INMEDIATAS

Debe acentuarse el sentido clasista vigorizando la línea de "Frente de Trabajadores". Que el C. C. mientras permanezca en sus cargos, efectúe una amplia divulgación de esta tesis y se preocupe en fortalecer los cuadros organizativos. Que cada mandatario se convierta en un verdadero activista, despertando el entusiasmo y la decisión en la lucha, rechazando toda prudencia con un lenguaje agresivo a la vez que dialéctico que vitalice los anhelos del pueblo.

Necesitamos un periódico que sea la expresión teórica y práctica de nuestra línea y principios: que informe y oriente. La Tésis de Frente de Trabajadores, polémica por su contenido, precisa de una clara y am-

plia divulgación que sea comprendida y asimilada por el proletariado. Para incorporarla de lleno a la lucha, hay que utilizar la prensa. Sólo así podrá taladrar la roca pulverizando a los enemigos en sus propias madrigueras y abrirá perspectivas firmes a la implantación del socialismo.

Hay que ir a la creación de las milicias revolucionarias. Si deseamos convertir en realidad nuestros propósitos, nada de vacilaciones ni temores. Debemos apoyarnos por las milicias del pueblo que aseguren la victoria y liquiden a las bandas reaccionarias que recurrirán a todo para defender el anacrónico orden existente. No hacerlo es dudar por anticipado del único camino a seguir; es demostrarnos cobardes frente al tortuoso panorama de explotación popular que afrontamos.

La dirección del partido deberá renovar los cuadros sindicales, abriéndole camino a las promociones jóvenes postergadas por una burocracia sindical eternizada y carente de iniciativa para una lucha frontal contra sus explotadores. El ya viejo aparato sindical pertenece a la época de la carreta. Ha sido superado por un nuevo estilo que responde a las necesidades urgentes y dinámicas de un mundo en convulsión. La lucha económica del proletariado requiere —en cada sindicato, gremio, confederación o Central Unica— una acerada, compacta y firme decisión que no se doblega ante la amenaza ni la presión patronal o de gobierno. Mantener en cargos de dirección a lo que ya hizo historia, es como seguir prefiriendo la carreta a vehículos motorizados.

El FRAP, si se lo propone, está en condiciones de llamar a una gran movilización obrera que arrastre en su impulso a todos los grupos explotados y los encauce hacia una huelga general. Esto, de realizarse, creará de inmediato una situación pre-revolucionaria y la posibilidad de un gobierno de pueblo. Las medidas económicas que llevan a un alza constante en el costo de vida; la cesantía que aumenta horrorosamente; los salarios de hambre reajustados por goteras y con atraso de un año; la falta de viviendas; el analfabetismo; el retraso colonial de nuestra agricultura y la mortífera penetración imperialista cada día más audaz, son factores que están provocando una huelga general orientada a cambiar definitivamente de rumbos. Cuando se dice que no existen condiciones para una huelga general, que las masas no responden, que carecen de combatividad, se está mintiendo descaradamente. Las condiciones están dadas y las masas están animadas de fervor para encarar la lucha. Lo que falta es decisión del FRAP y de la CUT; valor para afrontar los acontecimientos; arrojo para combatir al gobierno.

Las tareas señaladas suscintamente no podrán ser realizadas por los actuales equipos directivos. Pero pueden contribuir a iniciarlas si saben interpretar el momento que vive Chile. Creemos que han pasado la curva de las grandes empresas, perdiendo el vigor y la lucidez que es patrimonio de hombres jóvenes y resueltos. Dosificados por sus actuaciones electorales, comprometidos por vinculaciones centristas, circunspectos en sus apreciaciones y cautelosos para asumir responsabilidades, jamás expondrán lo que está a su alcance por un incier-

to porvenir, salvo raras excepciones. Pesa mucho en sus espíritus las trabas de la democracia burguesa que les abre acceso al Parlamento. Y lo bosquejado, precisa de audacia, voluntad, sacrificio. Sin embargo; capaces o no, tienen el deber de iniciar estas tareas. Así marcarán la huella por donde la Juventud Socialista marchará con sus banderas al viento, para dar satisfacción a sus esperanzas. El futuro es obra de la juventud, de hombres excentos de contagio reformista. No son ilusorias las tareas señaladas, conociendo la trayectoria del socialismo con sus flujos y reflujos. Ellas obedecen al cumplimiento de deberes marxistas y en la etapa que la humanidad vive, no valen las postergaciones y cobardías. Imitemos el ejemplo heroico de Cuba en lo que tiene de arrojo y realizaciones, enriquecido, por cierto; con el contenido científico que fluye del ideario socialista.

La dinámica social exige hombres que plasmen las grandes sentencias de la historia. Ser un exaltado en la hora decisiva, es tener fé conciente que sólo en la revolución se encontrará el camino de la verdad y la justicia. Corresponde pues, a la Juventud plasmar victoriosamente en un futuro no lejano el sistema social y económico por el que continuaremos intransigentemente luchando.

Santiago, Noviembre de 1960.